

LIBROS

El sindicalismo latinoamericano

América Latina ha sido una parte del mundo pródiga en convulsiones políticas y sociales. Por supuesto, en América Latina, como en otras partes, la lucha de clases, con determinadas peculiaridades y sin que quepa identificación con las categorías de los países occidentales, se manifiesta con tanta virulencia como corresponde a unas sociedades en las que la alternativa revolucionaria destalla como opción de cambio sentida y querida por muchos de los componentes de esos países. Por el mismo motivo, el sindicalismo es uno de los factores que inciden y han incidido en el proceso histórico de América Latina.

No obstante, al sindicalismo latinoamericano se le achaca el doble hecho de estar poco desarrollado, cualitativa y cuantitativamente, y de no haber jugado un papel decisivo en la historia social latinoamericana. Tales afirmaciones requerirán ciertas matizaciones y diferenciaciones entre países y regiones que tienen tantos aspectos comunes como diferencias.

A cubrir esta laguna ayuda el trabajo sobre el sindicalismo latinoamericano (1) llevado a cabo por el profesor Rubio Cordón. Parte de la acertada teoría de que el subdesarrollo que afecta a América Latina, como deformación impuesta desde el exterior a una economía atrasada para que se someta al servicio de la metrópoli, tiene también su trascendencia en el campo sindical. Así se explican fenómenos como el de que llegara antes el internacionalismo proletario que el propio sindicato.

Se esperaba que el movimiento obrero latinoamericano siguiera un camino paralelo al de los sindicatos europeos o norteamericanos. Pero los hechos demuestran la incapacidad —puramente objetiva— del sindicalismo latinoamericano para desempeñar un papel reivindicativo ef-

caz para lograr una participación creciente en la riqueza nacional, quitando algunas excepciones.

Según el autor, es en el terreno internacional donde se cumplen hoy las condiciones de la competencia perfecta que llevaron a Marx a profetizar esa polarización en el terreno interior. Así, argumenta, carece de sentido un análisis dentro de la ortodoxia marxista del internacionalismo proletario y aún más el de la propugnada solidaridad obrera interamericana. La unión de trabajadores de una y otra zona es contra natura, como la unión del ladrón y la víctima.

Rubio Cordón pasa revista y

creación y los componentes ideológicos que inciden en ellos.

El autor opina que el modelo de organización obrera adecuada a la circunstancia latinoamericana tiene que ser un sindicalismo que, sin abandonar la lucha por la reivindicación cotidiana, se plantee a larga distancia la consecución de los siguientes objetivos: 1) La liberación frente a la dominación imperialista. 2) La destrucción del sistema oligárquico. 3) La unidad del conjunto de los pueblos iberoamericanos. 4) La realización de un tipo de sociedad que una la democracia política y la democracia económico-social. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.



Manifestación obrera en Buenos Aires.

analiza detalladamente las diversas centrales obreras latinoamericanas: COP y después ORIT, como ejemplo de sindicalismo colonizado por "el gran hermano del Norte"; la CSLA y CTLA, los sindicatos de más o menos obediencia comunista, a los que califica como de actuación alienante, y en algunos momentos moderadores de impulsos revolucionarios, como la CSLA, plegada a los intereses de una alianza ruso-americana durante la segunda guerra mundial; la ATLAS, generada como emanación sindical de la "tercera posición" que quiso ser el peronismo; la CLAT, representante del socialismo autogestionario, aunque con ramificaciones cristianas, y, por último, el CPUSTAL, de influencia marxista-leninista. Movimientos que estudia al detalle con sus variantes y diversas ramificaciones, como también todo su proceso de

"Del campanario a la política"

Un teólogo popular que sabe hacer de la "praxis" teología, Juan José Tamayo, escribe este libro (1) que debía tener una amplia difusión. Su intención es publicar un estudio divulgador de lo que nuestra Iglesia ha sido en la España del siglo XIX y XX.

Un empeño nuevo e importante, pues los españoles carecemos de una verdadera historia de la Iglesia en España, ni global ni parcial, salvo algunas publicaciones demasiado ceñidas al hecho concreto de la guerra civil, y no demasiado profundas, salvo excepciones, y de la de algún movimiento apostólico de vanguardia como fue la JOC.

(1) J. José Tamayo, *Del campanario a la política (La Iglesia española)*. Ed. A. San Román. Torrejón de Ardoz.

Para comprender la entraña de nuestros actuales acontecimientos no tenemos más remedio que conocer la influencia decisiva que, hasta hace poco, ha tenido nuestra gran institución religiosa hispana. La que fue por un lado autora del reaccionarismo católico del pasado siglo, y que más tarde se estructuró en lo que se ha llamado el nacional-catolicismo.

Pero al mismo tiempo ha coexistido, con tal corriente ultraconservadora en lo espiritual y en lo político, una tendencia progresista siempre mal vista por nuestra jerarquía eclesial, a diferencia de lo que pasa en otros países de lengua española como América Latina, donde ha brotado un plantel de obispos avanzados social y religiosamente, como Proaño, Casaldáliga, Hélder Cámara, Frago, Méndez Arceo, etcétera.

Tamayo enmarca su libro en el reciente fenómeno "contestatario" dentro de la Iglesia de España, que partió tímidamente de algunas posturas inconformistas de la Acción Católica especializada en los años 60. Y que tiene un precedente más lejano en aquellos avanzados personajes del clero regular que fueron durante la II República los padres Galo y Palacios, el canónigo asturiano Arboleya y el presbítero catalán Angel Carbonell, autor de un excelente y profundo trabajo, justificando en 1927 a los católicos que optaban por un socialismo de Estado.

Por sus amenas y documentadas páginas, que se leen ávidamente de un tirón, desfilan las organizaciones católicas-conservadoras del siglo XIX, los propagandistas de la democracia cristiana de derechas y la mayor apertura del nacionalismo vasco de hace cincuenta años, el republicanismo de la Derecha Regional Valenciana y, por fin, la Acción Católica española como expresión del nacional-catolicismo de posguerra por un lado y como inicio del despegue franquista después.

Más tarde se estudia en el libro el proceso del Estado y de la Iglesia, que resultó ser paralelo. Y que hoy desgraciadamente continúa siéndolo, pues nuestra estructura eclesial oficial se deja llevar demasiadas veces por un enfermizo mimetismo de lo que es nuestro Estado cuando está en manos conservadoras. Así le ocurrió en la monarquía bor-

(1) José Luis Rubio Cordón: *Dependencia y liberación en el sindicalismo iberoamericano*. Madrid, 1978. Ed. Salta. 274 páginas.

bónica, más tarde en el franquismo y hoy con la UCD, como se aprecia claramente en el batallón tema de la enseñanza, donde el privilegio católico-burgués se quiere erigir en paradigma de la libertad.

Termina la obra con una exposición de lo que sea la Iglesia popular y, en particular, la Iglesia andaluza.

Un libro que deben leer todos para refrescar el recuerdo de las vacilantes luchas de la Iglesia, unas veces inclinada a la más estrecha conservación y otras queriendo despegarse —por parte y gracia de un puñado de valientes creyentes como Tamayo— de las ataduras de la derecha. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

Grass o la alegría de narrar

Günter Grass es, sin lugar a dudas, un fabulador nato. Fabular —valga la palabra, aunque no exista todavía para nuestro diccionario— es lo que hacía Grass, sobre todas las cosas, en su extraordinario "Tambor de hojalata", que, por cierto, ha sido llevado recientemente al cine por Völker Schlöndorff. Fabular es lo que vuelve a hacer con mano maestra en "El Rodaballo", esa obra épica que condensa cuatro mil años de historia de la Humanidad con el arte culinario como leitmotiv, y cuya versión castellana, de Miguel Sáenz, traductor también de "El tambor...", aparecerá en Alfabeta el año próximo (1).

Ahora, el autor de "El gato y el ratón" es otra vez noticia en Alemania por su último libro, "El encuentro de Telgte" ("Das Treffen in Telgte"), que quiere ser un homenaje al famoso "grupo 47", aquella especie de club literario que fundara el escritor socialista Hans Werner Richter en 1947 —de ahí su denominación— y al que Grass, como tantos otros autores de la posguerra alemana, deben su bautismo literario.

Grass sitúa el encuentro al que se refiere el título de su nuevo relato exactamente trescientos años atrás, en 1647, en las postrimerías de la guerra de los Treinta Años, la misma que dio fama a Wallenstein, el del célebre drama de Schiller. No se trata, sin embargo, como podría pa-



Günter Grass.

recer a primera vista, de una reconstrucción histórica, sino, como ha señalado un crítico, de "una fantasmagoría de posibles paralelismos históricos, una fábula de oportunidades perdidas: oportunidades a la vez literarias y nacionales".

En 1647, la que con el tiempo sería Alemania estaba asolada por un cúmulo de luchas dinásticas y religiosas, de feroces rivalidades entre príncipes y representantes de Estados territoriales. Trescientos años después, en 1947, hundido el Tercer Reich, Alemania está material y espiritualmente arruinada, prácticamente dividida, y humillada además por la ocupación a que la tienen sometida las potencias vencedoras.

Surge entonces el "grupo 47", que, sobre las cenizas de la guerra, intentará reorganizar la vida cultural de un país incapaz de encontrarse a sí mismo. Y será ese grupo el que, en años sucesivos, dé a conocer a los más importantes valores de la narrativa y la lírica de la RFA: Heinrich Böll, Günter Eich, Peter Weiss, Ingeborg Bachmann, Enzensberger y, como se dijo antes, el propio Günter Grass, quien daría a leer el grupo, en 1958, el manuscrito de su "Tambor..."

"El encuentro de Telgte", tal y como lo presenta Grass, no tuvo nunca lugar. La mayoría de los personajes a los que el autor reúne, bajo la sombra tutelar del poeta Martin Opitz, en esa pequeña localidad para que discutan de la unidad de la lengua y la literatura como primer paso, aunque decisivo, hacia la unificación de la patria dividida, son,

sin embargo, totalmente reales. Simon Dach, Hoffmannswaldau, Andreas Gryphius y Paul Gerhardt, por no citar más que a algunos, son los pioneros de la poesía barroca en lengua alemana. Y Grimmelshausen, con el que sin duda ha querido identificarse el propio Grass, es el autor de esa gran novela picaresca de la guerra de los Treinta Años titulada: "Vida del aventurero Simplicius Simplicissimus". Por cierto que los críticos han destacado unánimemente el conocimiento que demuestra tener el autor del barroco literario alemán y que muchos germanistas envidiarían.

Pero el grupo reunido por Grass no se limita a debatir cuestiones literarias durante su estancia en Telgte, sino que sus miembros, al fin y al cabo hombres como los demás, siguen la consigna renacentista —que no barroca— del "carpe diem" y alternan sabiamente sus conversaciones culturales con copiosos festines y nocturnas cópulas con fámulas y posaderas.

Con "El encuentro de Telgte", Grass demuestra una vez más que se puede hacer una obra de indudable fondo político, en el sentido más pleno del vocablo, y que sea al mismo tiempo, y sobre todo, un poderoso antídoto contra el aburrimiento. ■ JOAQUIN RABAGO.

Una novela sin piedad

El propio Gabriel Plaza —en el texto de la contraportada de su novela Crónica y milagros de Oscar Ferreiro, Caudillo— reconoce que esta su primera obra literaria publicada "es, ante todo, un desahogo apasionado". Y, en efecto, la novela de este joven periodista, editada por Plaza-Janés (sin que la coincidencia de apellidos, en este caso, tenga nada que ver con relaciones de parentesco), es como el resultado de abrir la compuerta de las inhibiciones y dar salida a toda la podredumbre que su generación ha ido acumulando en silencio a lo largo de toda su vida, hasta aquella madrugada famosa en que culminó aquella no menos famosa y prolongada agonía.

La figura del tirano tiene una especial fascinación literaria. No es extraño, por ello, que cada época y cada generación la recree, en un ejercicio casi exorcizador, en un vano intento de po-

ner punto final a una especie que, desgraciadamente, no parece extinguirse.

Lo de Gabriel Plaza es absolutamente visceral. Sitúa a "su" tirano en un país imaginario, con cierto sabor sudamericano, lo que no le impide salpicar su relato de abundantes referencias sarcásticas a situaciones más familiares, que tienen su apoteosis final y alucinante en lo que es quizá el pasaje más logrado de la novela: la descripción minuciosa y casi morbosa de la lenta agonía del tirano al que atormentan, moral y físicamente, toda una legión de fantasmas de fusilados, torturados, encarcelados y exiliados. Toda la novela es un mosaico, entre el esperpento y el sarcasmo, en que se mezclan estilos literarios —quizá no sea ajeno a ello la experiencia como crítico literario del autor— y descripciones, entre periodísticas y apasionadas, de la fauna que se mueve en torno a un tirano, con el telón de fondo de la miseria social sobre la que se asienta. Y todo ello saltado a borbotones, sin restricciones mentales, sin resquicios a la justificación, sin perdón para los culpables. Desde el barroquismo latinoamericano a la crónica periodística, desde el lenguaje coloquial al clasicismo naturalista, el verdadero hilo conductor que da coherencia a la novela es el desahogo sin piedad.

Quizá la característica más destacada de esta novela, con respecto a otras novelas de tiranos, sea el especial relieve que se concede, dentro de la trama dictatorial, a la opresión ideológica de una religión que aparece

Gabriel Plaza.



(1) Ver entrevista con Grass en TRIUNFO, número 802.